

LA CONSTRUCCION DE IGLESIAS ANTE EL MOVIMIENTO SECULARISTA

Manuel Garrido Bonaño O.S.B.

En el número de marzo se publicó un artículo del Doctor Arquitecto y monje de Monserrat Juan A. Busquets sobre "Un nuevo programa para la Iglesia" que ha suscitado recelos entre algunos lectores. Hemos solicitado una opinión sobre este tema al P. Garrido que ahora se publica. Según las teorías de Busquets, un edificio religioso no tiene porqué diferenciarse en nada de uno profano. Según la doctrina expuesta por Garrido, el arquitecto debe proponerse, al proyectar una iglesia, expresar de alguna forma su función sagrada. Y la Iglesia Católica concede la máxima libertad artística en cuanto a la forma de expresarla. Con ello queda aclarado este importante tema y por nuestra parte cerrada su discusión.

AR.

No es de extrañar que el movimiento llamado "secularista" intente invadir también el campo de la arquitectura, cuando los profesionales de esa noble ciencia se dedican a la construcción de lugares destinados al culto de la Iglesia. En los últimos años hemos observado muchos intentos de este tipo en diversos aspectos de la vida del Pueblo de Dios. La confusión y desorientación de algunos ha sido grande, pues parten de un concepto sumamente ambiguo tanto de lo "sagrado" como de lo "secular". Por eso sus escritos están llenos de contradicciones y, por lo mismo, de grandes absurdos, sobre todo cuando pretenden "secularizar" la liturgia y lo relacionado con ella. La producción literaria sobre estos temas ha sido en los años inmediatamente pasados muy abundante. Ahora ha decaído bastante. En España siempre ha sido más moderada y la referente a la liturgia y secularidad sumamente desgraciada incluso como obra literaria. Faltas de originalidad se han hecho a base de recortes o de boletines bibliográficos extranjeros y no pocas veces se ha cometido el fraude de hacer decir a autores lo que en realidad no han dicho o han dicho lo contrario. Tal es el caso de las citas de Mircea Eliade o del P. Congar, como luego veremos, en las que, desconectadas de su contexto y sin relación con las conclusiones finales, aparece falsificado el pensamiento de tales autores. Otras veces ni siquiera se los cita, pero se transcriben frases suyas casi literalmente con un sentido diverso.

Proyección falsa de lo secular en la vida de la Iglesia

No intentamos hacer una exposición histórica del movimiento secularista actual. Esto sobrepasaría con mucho nuestro cometido en este momento. Baste recordar que la exposición doctrinal del mismo nació en ambientes no católicos. Son bien conocidos en este sentido los nombres de Bonhoeffer, Robinson, van Buren, Cox y otros. Pero no son el exponente doctrinal de las diversas Iglesias separadas. En el seno de las mismas se levantaron voces que censuraron duramente las tendencias secularistas que, en realidad no son de ahora, sino que han existido siempre en ambientes más o menos heterodoxos. En algunas críticas desde el campo católico al movimiento secularista se lo ha presentado como un nuevo arrianismo. Pero tampoco vamos a exponer la doctrina secularista en el catolicismo en toda su diversidad cromática. Sin embargo, nos parece oportuno traer el juicio que sobre este tema han dado tres autores nada sospechosos de integritad, aunque no compartimos otros puntos de sus escritos y actuaciones.

a) E. Schillebeeckx. — Para el teólogo dominico holandés la secularización expresa un efecto complejo, cuyo núcleo es el cambio radical que se ha operado en la relación del hombre con su mundo y con su ámbito comunitario. Este afecta, naturalmente, a la religión, pero sólo de un modo indirecto, es decir, en la medida en que la imagen de Dios y nuestro modo de vivir religioso quedan determinados por la imagen que nos formamos del hombre y del mundo. Al observar que la ciencia y

la planificación tecnológica asumen de forma creciente la dirección y edificación del mundo y del desarrollo del bienestar de todos los pueblos, algunos sienten un cierto orgullo infantil de no verse obligados a seguir apelando a Dios como sustitutivo de su impotencia. Olvidan que fue Dios el que ordenó al hombre el dominio de lo creado (Génesis, 1,28) y que San Pablo dice a los cristianos que todas las cosas son suyas, pero ellos son de Cristo y Cristo de Dios (I Cor., 3,22). Otros han identificado demasiado una visión de Dios y de la religión unida a una cultura con la esencia misma de la religión. Al considerar superada esa cultura creen superada también la misma religión. Pero hacer esto supone una falta ideológica muy considerable. Se pasa de una apreciación sociológica a un juicio teológico que, por lo mismo, resulta ciertamente injusto. Se habla entonces de secularización sin matizar que ésta no es más que un aspecto del fenómeno moderno, y se concluye, sin más que el mundo se encamina hacia un futuro sin Dios y que la Iglesia y su culto pueden ser borrados de la historia.

Para Schillebeeckx el modo seguido en el movimiento secularista es un modo pseudocientífico que puede ser fácilmente utilizado al servicio de cualquier ideología, incluso contra la misma secularización, con lo cual se llegaría al absurdo de un proceso hasta lo infinito o a un círculo vicioso. Con razón dice que "sólo a un aspecto del cambio radical de la conciencia religiosa —en el creyente que pretende vivir la nueva cultura— se le puede llamar secularización. Emplear la expresión *Dios ha muerto* para definir el fenómeno del mundo moderno no es sólo científicamente incorrecto, sino que supone entrar en contradicción con esta misma secularización de la que se pretende deducir dicho enunciado. *Dios ha muerto* es la expresión más claramente no secular que se puede encontrar en los secularistas, pues ni se puede verificar empíricamente, ni deja de ser una cuestión tan metafísica como la implicada en *Dios existe*". (1)

b) Ch. Davis. — En lo fundamental Davis coincide con Schillebeeckx en su apreciación de la secularidad, pero toca más de cerca nuestro tema concreto sobre lo sagrado y lo secular en la liturgia. Para Davis la autonomía de lo secular equivale a la descristianización. Los dos coinciden en que lo secular es una emancipación de los sagrados. Esto puede llevar y de hecho ha llevado al "secularismo", que en realidad es un humanismo agnóstico, fundado a menudo sobre el empirismo. Los secularistas son antimetafísicos por convicción, y generalmente, rechazan el conocimiento de lo que no sea susceptible a una comprobación empírica, experimental. Esto es incompatible con la fe cristiana: Dios trascendente, revelación divina, gracia santificante, liturgia con sus signos sensibles y eficaces de realidades sobrenaturales, etc.

Lo secular o profano es la esfera de la realidad inmediata lo que está abierto y presente ante el hombre como realmente conocido por él. Puede dominarlo intelectualmente. Lo sagrado, por el contrario, constituye el más allá desconocido, está por encima o por debajo de la realidad inmediata, de modo que el hombre no puede dominarlo. Es importante no perder de vista esto, pues el proceso de secularización puede interpretarse como efecto surgido al comprobar que lo que el hombre tenía antes por sagrado (erroneamente) resulta que es secular, que cae bajo su dominio, pero aún en esto

hay que matizar bien, porque es cierto que si tiene una enfermedad lo lógico es que se acuda al médico, pero no hay ningún inconveniente en que el paciente se encomiende también a Dios, a la Virgen o a los santos. En los tiempos de Cristo se podía curar la fiebre de modo natural, sin embargo, Él en una ocasión la curó con un milagro (Lucas, 4,38-39). En este sentido en el cristianismo siempre se ha tenido cuidado de la limitación de lo que es realmente sagrado y de lo que es secular o profano, con lo cual ha preservado lo sagrado, lo ha purificado de adherencias inútiles, pero no lo ha suprimido. El cristianismo integra lo secular y lo sagrado en una unidad de orden, pero no los identifica. En la doctrina cristiana Dios es el Creador, lo cual significa que se distingue por vía de trascendencia de todo lo demás. La ciencia reconoce la existencia del universo y estudia la evolución y la estructura que tiene delante. El problema de Dios no se plantea, no debe plantearse, al encontrarse el científico sin saber dar una explicación a algún aspecto particular del universo, pues esto no cae dentro de lo propio de la ciencia, la cual presupone siempre su objeto.

"Una sociedad pluralista, secular, no puede ser un ideal al que aspirar, no es compatible con la misión del Cristianismo en el mundo. Desde este punto de vista hay que deplorar la secularización de la sociedad occidental y trabajar por restaurar el Occidente cristiano" (2).

c) Y-M.J. Congar. — Son varios los escritos de Congar sobre lo sagrado. Nos fijamos preferentemente en uno (3) que trata el tema con relación a la liturgia. Para Congar la noción de "sagrado" es muy ambigua. Después de exponer lo que han dicho Littré, Roger Caillois, A. Kagame y P. Ayrand, se queda con lo que escribió J.P. Audet por estar más cerca del punto de vista en que quiere colocarse, que es el de la historia de la salvación (4): "Nuestra experiencia de lo divino, siempre mediata cualquiera que sea su pureza, reviste a nuestros ojos lo que está empeñado en esta medición de una cierta dignidad, de una grandeza que lo emparenta con lo divino. Esto es lo sagrado". Es decir, entendemos por sagrado el dominio de las realidades (cosas, palabras, personas...) por cuyo medio tenemos experiencia de lo divino. Pero es menester que esto divino sea el Dios trascendente y personal. Donde la trascendencia de Dios no es respetada, lo sagrado degenera en magia y lo divino se confía al medio de alcanzarlo.

Después de un recorrido por la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis afirma que la admisión que un cierto carácter sagrado en el régimen mesiánico que la Iglesia vive tiene una razón profunda y no es otra que la Encarnación del Verbo. Creemos que ahí está la razón de todo lo sagrado en la Iglesia. Para Congar existe en el mundo una realidad sagrada que es el "Cuerpo de Cristo", según las tres acepciones que el Nuevo Testamento da a este término: cuerpo personal físico ahora glorificado en el cielo; cuerpo eucarístico; cuerpo místico. Aunque le parece censurable la exuberancia sacralizadora del medievo católico, sin embargo añade: "Radicalizar esto (es decir, la crítica a la sacralización medieval), al menos en la forma calvinista o neo-calvinista nos parece estar inspirado por posiciones doctrinales que no son las nuestras... Por muy íntimamente ligada que esté la Iglesia al mundo, se distingue de él a nivel de sus principios propios de existencia y de operación.

Aun si el esfuerzo de la historia ha de ser asumido en el Reino de Dios, esto no se realiza por los poderes propios de la historia o del mundo, sino por una serie de iniciativas de Dios que culminan con la doble misión del Verbo y del Espíritu Santo. Pero ¿en qué condiciones? En las del tiempo actual y de la economía de la gracia que se caracteriza por la simultaneidad de un "ya" (el don) y de un "todavía no" (el don total). San Pablo nos habla de las "arras" y de las "primicias" del Espíritu (Rom. 5,5; 8,23). Tenemos, pues, una posesión parcial de las realidades escatológicas. Las realidades invisibles del otro mundo ("non huius creationis", Heb., 9,11) nos son comunicadas en las condiciones que son las de nuestra naturaleza terrestre: la llamada "via incarnata", el espíritu en la carne. De ahí la necesidad de símbolos, de signos que signifiquen las realidades que trascienden la experiencia sensible. Por eso, si el dominio de la gracia, principio de comunión con Dios, forma aquí abajo un dominio original, irreductible, se expresará en signos apropiados, ya se tomen signos naturales al hombre religioso, adaptándolos a sus propias significaciones, ya se constituya como un mundo particular, sagrado, de mediaciones descendentes o ascendentes: hechos y palabras de la revelación, sacramentos, instituciones, culto litúrgico y hasta un "derecho" de la Iglesia...

De todo esto el P. Conger deduce (y esto se ha omitido en algunas publicaciones de "securaristas", siendo así que es lo central de todo el trabajo del P. Congar) cuatro niveles cualitativos de este vasto dominio de lo sagrado en un régimen mesiánico:

1.— Lo sagrado "sustancial": el Cuerpo de Cristo en su triple acepción según el Nuevo Testamento.

2.— Lo sagrado de los signos sacramentales, es decir, los sacramentos propiamente dichos y las situaciones humanas creadas por ellos.

3.— El sagrado "pedagógico", es decir, el conjunto de signos que expresan la relación religiosa que tenemos con Dios en Cristo o disponen a una mejor realización. Su dominio es inmenso. En su vida terrena la Iglesia ha dado y no cesa de dar a ciertas palabras, ciertos gestos, ciertas reglas de vida comunitaria, ciertas disposiciones de lugares, ciertos momentos del tiempo y hasta el silencio, una forma particular, adaptada a su función de favorecer nuestra comunión con Dios.

4.— La ordenación de todas las cosas y de la propia actividad humana a Dios. Es la llamada "consecratio mundi" que supone los tres "sagrados" anteriores.

No puede olvidarse que la estola alba de la creación ha sido manchada por el pecado. Así tiene sentido la frase de que "toda la vida del cristiano es sagrada salvo cuando peca". Sin darse cuenta los "securaristas" muestran con ella la separación de lo "profano" y de lo "sagrado", pues ni todos los hombres son cristianos ni todos los cristianos están sin pecado.

Los textos bíblicos de lo sagrado y de lo secular

Los "securaristas" suelen presentar determinados textos de la Biblia interpretándolos a su modo y olvidándose de otros. El que han repartido hasta la saciedad es el del pasaje de la samaritana en el que se dice que llega la hora en la que ni en el Monte Garizim ni en Jerusalén se adorará al Padre y que los verdaderos adoradores lo harán en espíritu y en verdad (Juan, 4,21-24). Otro menos divulgado es el de San Esteban cuando dijo a los judíos que Dios no habita en edificios fabricados por mano del hombre (Hechos de los Apóstoles, 7,48-50). Cuando se leen esos textos bíblicos en los escritos de "securaristas" o hay que sonreír compasivamente viendo su ignorancia exegética, o hay que sonreír con ellos mismos pues parecen que se están divirtiendo. Por supuesto, no pretendemos hacer ahora una larga y detenida exposición de exégesis bíblica. Unos datos serán suficientes. Lo primero que se comprueba en la Biblia es que el mundo depende de Dios, mientras que en las cosmogonías orientales se lo inserta en un orden divino sagrado. El mundo tiene en la Biblia su plena realidad de mundo, como mundo de cosas y de hombres. El mundo no es "sagrado" en sí mismo, mas puede y debe ser para el hombre el signo del Creador (Cir. Génesis, 1,28-30; 2,19-20). La historia de la salvación nos presenta ya a Israel como un pueblo separado, consagrado a Dios y sometido a obligaciones que manifiestan su pertenencia al mismo

con una serie determinada de normas sobre personas, lugares y cosas (cfr. Levítico 12-15 por sólo citar un ejemplo, pero hay muchos otros lugares del Antiguo Testamento que se refieren a esto).

En el Nuevo Testamento aparece una transformación de lo sagrado, pero no se suprime. Se cumple lo que anunciaron los profetas sobre la universalidad del templo y su sacralidad. Se infunde un nuevo espíritu. Cristo no ha negado el carácter sagrado del templo. Recuérdense estas frases del Evangelio: "¿pues qué es más importante; el oro o el santuario que da al oro carácter sagrado?... ¿Pues qué es más importante: la ofrenda o el altar que da a la ofrenda el carácter sagrado?" (Mateo, 23,16-22). Ha asumido en su Evangelio el precepto de no despreciar lo santo, lo sagrado, aunque condenando el formulismo que amenaza con viciarlos (Mateo, 5,23 s.; 12,3-7; 23,16-22). El templo es para El la "casa de Dios", una casa de oración, la casa de su Padre, y se indigna de que se la convierta en un lugar de tráfico comercial (Mateo 21,12-17; Juan, 2,16 ss.), etc.

El culto que Cristo proclama es ciertamente espiritual, pero no en el sentido de que carezca de signos sensibles, pues esto está en contradicción con su mandato de celebrar la Eucaristía y de bautizar, sino que no puede consistir meramente en formas exteriores y mecánicas como se había convertido el culto oficial hebreo. Pero, la interpretación más adecuada y común es que se alude a la acción del Espíritu Santo, autor y principio de la nueva vida, que por esto es sobrenatural. Así aparece en otros pasajes de San Juan y de los demás libros del Nuevo Testamento. De todos modos, ni los mismos "securaristas" son consecuentes con su propia interpretación, pues abogan por construcciones polivalentes en las que se dedique un espacio a lugar de oración. A lo sumo habría que decir lo "espiritual" del culto según los "securaristas" sería cuestión de metros cuadrados más o menos.

Fútiles razonamientos de los "securaristas"

De ordinario la razón principal de imponer lo "secular" en la vida de la Iglesia es porque "el mundo, dicen, camina hacia lo secular". Aunque esto es demasiado aventurado decirlo, pues hay muchas manifestaciones que lo contradicen, en el supuesto que fuese verdad, no tenía por qué la Iglesia seguirlo. Es como si se dijera: el mundo se erotiza, la Iglesia también tiene que erotizarse; el mundo se deja llevar por la violencia, la Iglesia también ha de seguir esa ruta; una ola de injusticias invade al mundo, la Iglesia ha de hacer lo mismo, etc. Ya hemos dicho, usando una excepción del P. Congar, que la Iglesia se distingue del mundo a nivel de sus principios y operaciones.

Para negar lo sagrado, los que preconizan un culto secularizado hacen notar que la versión griega de la Escritura no utiliza la palabra "hieros" sino "agios" porque "hieros" es de uso pagano para indicar lo sagrado, mientras que "agios" tiene una significación más cristiana. Han creído que el uso de "agios" — "sanctus" en el cristianismo se debe a su sentido vago e impreciso en contraste con la precisión casi técnica de "hieros" que evocaba fatalmente el recuerdo de usos paganos. No se dan cuenta de que la terminología cristiana se formó de una triple influencia: a) lengua corriente (pagana); b) lengua bíblica; c) conceptos nuevos del cristianismo. En la literatura pagana "agios" no se encuentra principalmente como calificativo de dioses y de hombres, sino de cosas: templos, lugares del culto. Su idea principal, como se deduce por el contexto en no pocos casos, es también la del temor reverencial, respeto religioso. Su correspondiente latino "sanctus" se aplica a todo lo que se refiere a la divinidad o a su culto, como templos, imágenes etc. La literatura pagana está plagada de este uso. La palabra "santo" tenía también el sentido de significar todo lo protegido por la autoridad y declarado inviolable. Pero este empleo no excluye necesariamente el aspecto religioso. Para Ulpiano, por ejemplo, "santo" es el medio entre "sagrado" y "profano" (5). Aun en esto se puede observar un sentido sagrado en la palabra "sanctus", pues la protección más alta que garantizaba la propiedad y el derecho era la de la divinidad. La manera más eficaz de asegurar el respeto era darle un carácter sagrado (6). El uso de la palabra "santo" en el paganismo latino en orden a los dioses y a los emperadores es tan frecuente como

"hieros" entre los griegos y, siguiendo el parecer de algunos "securaristas" del culto, tal palabra tenía que ser rechazada de plano en el cristianismo. Pero su examen en el vocabulario bíblico ha sido muy superficial, pues se ha mostrado por los exegetas que la palabra "agios", en el Nuevo Testamento tiene a veces sentido de sagrado.

El cristianismo no desechó ni lo "sagrado" ni lo "santo" ni otras muchas palabras y realidades que existieron en el paganismo, pero que en realidad pertenecen a diversas culturas de la humanidad. Todo esto, cuando era compatible con sus principios, el cristianismo lo insertó en su propia vida dándole un sentido específicamente cristiano. Esto lo ha hecho en los veinte siglos de su existencia y lo seguirá haciendo como lo muestra la adaptación de la liturgia cristiana a las culturas del Japón y de la India. Esto no quiere decir que el templo cristiano, la iglesia, sea una imitación de los templos paganos ni siquiera del templo judío de Jerusalén. Afirmar esto es desconocer la historia de la Iglesia, de su culto y de su arquitectura.

Los "securaristas" piensan que lo "sagrado" ha de estar sólo en las actitudes humanas, con lo cual degeneran en un funesto subjetivismo. No tienen en cuenta, que lo sagrado se aplica *análogamente* a las personas y a las cosas. En este sentido decía P. Congar que se distinguen varias clases de lo sagrado en el cristianismo, siendo un "summun analogatum" Cristo. Algo así como el decir hombre *sano*, medicina *sana*, alimento *sano*, doctrina *sana*, ambiente *sano*, etc.

Cuando hablan de arquitectura religiosa quieren apoyarse sólo en la "Gaudium et Spes", entendida, naturalmente, a su modo. Pero también son documentos del Vaticano II la "Lumen Gentium" y la "Sacrosanctum Concilium" que afectan más directamente a la liturgia.

A veces han visto que sus puntos de vista no van de acuerdo con la doctrina de la Iglesia sobre liturgia, de ahí que pidan otro concepto de liturgia, de Iglesia y de la vida cristiana. Creo que en esto son lógicos, porque en realidad lo que proponen son los signos de una nueva religión sincretista que, paradójicamente, tiene más que ver con el paganismo que con el evangelio de Cristo.

No es de extrañar que con esto añoren una profusión de elementos exóticos, tomados muchas veces de los usos paganos, pues no encuentran expresión adecuada de su ideología en la cultura cristiana, que considera al hombre en toda su alta dignidad, pero no lo hace el centro de un culto que sólo se debe a Dios, incluso cuando ese culto a Dios se realice también en favor del hombre, como es propio de la liturgia de la Iglesia.

Sucede con los "securaristas" cristianos algo así como lo que Mircea Eliade ve en el hombre arreligioso. Están llenos de contradicciones. Desean abolir su "pasado" pero no pueden porque son sus legítimos herederos y conservan sus propias huellas. De ahí que, aunque detestan los signos de lo sagrado, se comportan con formas sagradas, pues al intentar rechazar las formas religiosas de sus antepasados, adquieren otras camufladas y numerosos ritualismos a veces degradados. Mircea Eliade asegura que se podría escribir un libro sobre los mitos del hombre moderno que a sí mismo se llama arreligioso, secular y profano, pero desgraciadamente no transforman una situación particular en una situación ejemplar.

Es muy sospechoso que "securaristas" magníficamente bien instalados hablen de pobreza cuando se trata del culto. Es cierto que hay una inmensa multitud que necesita ayuda económica. Pero esto no se realiza precisamente suprimiendo los lugares del culto o dejando para el mismo lo más abyecto. Una iglesia puede cumplir plenamente su misión sin alardes de monumentalidad y de lujo. Pero los juicios en este punto son muy arbitrarios. Hemos escrito en una ocasión sobre este tema (7). Ni la Escritura, ni la primitiva Iglesia, ni los santos que más se han destacado por la pobreza y por sus obras en beneficio de los necesitados han creído que al culto había de dársele lo peor. No sólo de pan vive el hombre. Por eso hay que hacer lo uno y lo otro. Muchas entregas generosas en favor de los necesitados han sido provocadas en las celebraciones litúrgicas bien celebradas en sus propios lugares. Supriman esos lugares del culto y ya veremos si es la caridad cristiana la que está dispuesta a socorrer a los demás o todo quedaría en una efímera demagogia.

Doctrina de la Iglesia

Nos fijamos únicamente en algunos testimonios recientes del Magisterio de la Iglesia. En primer lugar el Concilio Vaticano II confirma la legítima autonomía de lo temporal, con su valor propio. Así la "Lumen Gentium" dice: Todo lo que constituye el orden temporal: bienes de la vida y de la familia, la cultura, la economía, las artes y las profesiones, las instituciones de la comunidad política, las relaciones internacionales y las otras realidades semejantes, así como su evolución y progreso, no son solamente medios para el fin último del hombre, sino que tienen, además, un valor propio puesto por Dios en ellos, ya se los considere en sí mismos, ya como parte del todo el orden temporal" (nº 11). En la Constitución "Gaudium et Spes" se insiste en lo mismo: "Si por autonomía de la realidad terrena se quiere decir que las cosas creadas y la sociedad misma gozan de propias leyes y valores, que el hombre ha de descubrir, emplear y ordenar poco a poco, es absolutamente legítima esta exigencia de autonomía. No es sólo que la reclamen imperiosamente los hombres de nuestro tiempo. Es que, además, responden a la voluntad del Creador... Si la autonomía de lo temporal quiere decir que la realidad creada es independiente de Dios y que los hombres pueden usarla sin referencia al Creador, no hay creyente alguno a quien se le escape la falsedad envuelta en tales palabras (nº 36).

En cuanto a la liturgia son muchas las veces que el Vaticano II nos afirma rotundamente su carácter sagrado y sacralizador, más aún, se la considera como "acción sagrada por excelencia" (cir. Sacrosanctum Concilium, nº 7). No menos de diez veces se subraya esto mismo en esa Constitución.

Después del Vaticano II Paulo VI ha insistido frecuentemente en lo mismo: Considera una tentación para los cristianos de hoy "formarse por sí mismos la idea de un cristianismo secularizado, sin un preciso contenido doctrinal y sin la corriente vital que es propia de nuestro cristianismo vivo, verdadero y sacramental... convertido así a aquel mundo que él debería, por el contrario, convertir hacia sí" (Alocución en el Angelus del Domingo 16 de marzo de 1969). "Si es verdad, decía también el Papa, que el campo de lo sagrado debe purificarse de tantas abusivas vegetaciones, supersticiosas, fenoménicas y fantásticas, es, no obstante, siempre verdad que tiene su legítima y soberana existencia". En la homilía de la ordenación sacerdotal de 216 sacerdotes asiáticos que el mundo no conoce y que tantos pretenden despojar de la personalidad del sacerdote, vosotros, en cambio, debéis tenerla presente, en vuestro espíritu y en vuestra conducta, porque ella procede de una nueva presencia cualificadora del Espíritu Santo en vuestras almas". Y hablando del peligro de la secularización a los participantes en la congregación plenaria del Secretariado para los no creyentes, el 19 de marzo de 1971, afirmaba que "es un terreno fértil para el ateísmo... Una secularización radical, eliminando de la ciudad humana la referencia a Dios y la señal de su presencia, vaciando los proyectos humanos a toda búsqueda de Dios, suprimiendo las instituciones propiamente religiosas, crea un clima de ausencia de Dios".

En la tercera Instrucción de la S. Congregación para el Culto Divino publicada el 5 de septiembre de 1970, se toca muy certeramente el punto de la sacralidad en la liturgia y se censura toda clase de secularismo en ella. Por eso se recuerda que "los objetos destinados al culto deben ser siempre nobles, duraderos y perfectamente acomodados al uso sagrado. No es lícito, por tanto, emplear objetos ya

usados u ordinarios" (nº 8, a). Y con respecto a los lugares del culto añade: La Eucaristía, normalmente, se celebra en el lugar sagrado... Al implantar la liturgia renovada, los obispos pongan especial interés en la disposición estable y digna del lugar sagrado y particularmente del presbiterio, siguiendo las normas de la Instrucción Generalis del Misal Romano (nn 153-280) y de la Instrucción Eucharisticum Mystarium (nn 52-57). Para esto han de asesorarse convenientemente consultando a las Comisiones diocesanas de Liturgia, Arte Sagrado, sin omitir a los expertos y a las mismas autoridades civiles (nn 9-10). Termina esa Instrucción con estas apremiantes palabras a los obispos: "Los pastores, muy particularmente, siguiendo con generosa fidelidad las normas y mandatos de la Iglesia y renunciando con espíritu de fe a inclinaciones a lo particular y a gustos personales, traten de servir a la liturgia común con su propio ejemplo, preparando, con el estudio y el esfuerzo inteligente y constante en su tarea de enseñar, la florida primavera que cabe esperar de una renovación litúrgica atenta a las necesidades actuales y ajena a formas secularizantes y arbitrarias que no harían sino debilitarla gravemente". (8)

A esto podríamos añadir los textos de los nuevos libros litúrgicos sobre el rito de la Dedicación de las iglesias, y los oficios propios de la misma celebración tanto en el Misal como en la liturgia de las Horas. En ellos encontrarán los arquitectos verdadera fuente de inspiración para lograr unos edificios adecuados al culto litúrgico y que sean, como hay tantos buenos ejemplos de esto, unos medios pedagógicos de lo que es la Iglesia y su culto.

Partiendo, por lo mismo, de un punto de vista secularizante no es posible orientar convenientemente a los arquitectos que construyen lugares del culto en la Iglesia. Los desviaría de su finalidad. Hemos de cuidar mucho las orientaciones y prescripciones de la Iglesia, pues ningún particular tiene investidura para dirigir al pueblo cristiano indicaciones de acción. Y esas orientaciones de la Iglesia no están precisamente en la línea secularista, como hemos visto, sino todo lo contrario. No puede olvidarse tampoco el movimiento ecumenista que vive la Iglesia en nuestros días. Todas las tendencias secularistas en algunos católicos son serio impedimento, como ya lo han hecho notar los mismo ortodoxos, para quienes la liturgia y los lugares del culto tienen un sentido exclusivamente religioso de altísimo valor. Esto mismo se da también en los grupos más selectos del protestantismo.

Sentido de las iglesias cristianas

Los lugares del culto cristiano no son una réplica del templo de Jerusalén ni de los templos paganos. Nuestros lugares de culto tienen otro origen muy distinto. Se deben principalmente a la necesidad que tiene el pueblo de Dios de congregarse. La asamblea litúrgica es de capital importancia para la vida de la Iglesia. Los especialistas de los primeros siglos del cristianismo están unánimes en admitir que la palabra EKKLESIA no significa nunca otra cosa que la asamblea litúrgica, o por extensión, a aquellos que tienen derecho a tomar parte en ella. Esto no significa que la Iglesia no exista más que cuando está reunida en asamblea. Sin embargo, es absolutamente cierto que la Iglesia no existe más que en la medida en que sus miembros han sido llamados a la asamblea y permanecen ordenados a ella. Porque los cristianos tienen el derecho divino de reunirse es por lo que existe el derecho eclesiástico de construir unos

edificios que cobije a la asamblea reunida para la celebración de los divinos misterios. Otros fines polivalentes están excluidos de modo habitual. La funcionalidad de los lugares del culto ha de estar ordenada a los fines por los que la asamblea se congrega de modo específico. De ahí que normalmente a esos lugares no se les da el nombre de templo, sino preferentemente el de "iglesias" tomado de la asamblea misma, es decir, de la IGLESIA que esos edificios cobija.

Cualquier otra finalidad que se pretenda dar a los edificios del culto cristiano choca siempre con el origen de los mismos y con toda la tradición eclesial. Sólo cabe una evolución homogénea tal como se ha realizado en la historia de la Iglesia. Pero las construcciones polivalentes no están en esa línea, sino en la de las religiones sincréticas y muchas veces ni siquiera en eso mismo, sino en la del club. No hay camino más seguro para la descristianización, más aun para el escepticismo y el caos, que ése de lo polivalente, en el que no importa la religión que se tenga ni los actos que se realicen. Es evidente que todo esto es signo de una nueva religión o secta. Una malversación del patrimonio espiritual y doctrinal de la Iglesia.

La presencia de Dios en las iglesias cristianas es diferente a la del templo judío o a la que consideraran los paganos. Esa presencia está relacionada con el Ministerio de Cristo y de modo especial con la Eucaristía que allí se ha celebrado y allí permanece en el Sagrario. Nuestras iglesias son siempre sagradas. Para eso se las bendice o consagra. Son un símbolo de lo espiritual en medio de un mundo que se deshace en lo material. Los arquitectos cristianos tienen la noble misión de traducirnos plásticamente en cuanto esto es posible las realidades sobrenaturales que la Iglesia ya posee en cierto modo, pero que tendrán su plenitud en la Jerusalén celeste hacia la cual camina.

NOTAS

(1) Cfr. *Secularidad cristiana según Robinson: Honest to God*, en *Selecciones de Teología*, 6 (1967) pp. 171-184; *La nueva imagen de Dios. Secularización y futuro del hombre en la tierra*, Ibid., 8 (1969), pp. 305-312. Una bibliografía más completa en España la encontramos en los trabajos del P. E. Colomer. Creemos que es lo mejor que se ha publicado en lengua española.

(2) *La gracia de Dios en la historia*, Bilbao, 1970. Véase principalmente página 27.

(3) *Situation du sacré en régime chrétien*, en *La Liturgie après Vatican II*, col. Unam Sanctam, 66, Paris, 1967, pp. 385-403.

(4) J.P. Audet, *Le sacré et le profane. Leur situation en Christianisme*, en *Nouvelle Revue de Théologie*, 79 (1957) pp. 33-61.

(5) "Proprie dicimus sancta quae neque sacra sunt neque profana sunt, sed sanctione quadam confirmata" (Dig. 1, VIII, 9).

(6) "Sancire autem proprie est sanctum aliquid, id est consecratum, facere fuso sanguine hostiae, et dictum sanctum quasi sanguine consecratum" (Servius, In Aen. XII, 200).

(7) *¿Pobreza o riqueza en los elementos del culto?* en *Palabra* agosto-septiembre, 1971 pp. 41-45.

(8) *Pastoral Litúrgica* (Secretariado Nacional de Liturgia) nn 54-55, pp. 17-18 y 21.